

243
D.

PQ 2225

.A5
S6
V.1

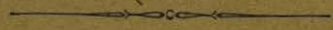


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ANGEL PITOU



CAPITULO I

De como se relacionará el lector con el héroe de esta historia y se enterará del país donde nació.

En aquella porción del territorio nacional que formaba parte del antiguo patrimonio de los reyes de Francia bajo el título de Isla de Francia, en la inmensa faja que de Norte á Mediodía forma un bosque de cincuenta mil fanegas de tierra, está, en la frontera de la Picardía y de Soissons, la villa de Villers-Cotterets, célebre por haber nacido en ella Carlos Alberto de Moustiers que por la época en que principia esta historia escribía en aquel mismo pueblo, con el asentimiento de las mujeres hermosas, sus *Cartas á Emilia sobre la Mitología*.

Para completar la reputación poética de este pueblo, que sus enemigos se empeñan en llamar lugarucho, á pesar de su palacio real y de sus dos mil cuatrocientos habitantes, añadiremos que está situado á dos leguas de Laferte-Milon, donde nació Racine, y á ocho leguas de Chateau-Thierry, donde nació Lafontaine.

Consignaremos también que la madre del autor de Británico y de Atalía era de Villers-Cotterets y nos ocuparemos de su palacio real y de sus dos mil cuatrocientos habitantes.

Fue comenzado este palacio real por Francisco I cuyas armas conserva, y acabado por Enrique II, y cuya cifra se halla grabada en la piedra enlazada con la de Catalina de Médicis y formando juego con el lema de Diana de Poitiers,

mas despues de haber sido testigo de los amores del rey caballero con Mad. de Etampes y los de Luis Felipe de Orleans con la hermosa Mad. de Monteron, se hallaba, casi inhabitado desde la muerte de este último príncipe, y su hijo Felipe de Orleans llamado despues *Egalité*, le redujo desde la categoría de residencia de príncipes á solo una quinta para caza.

Sabido es que el palacio y bosque de Villers-Cotterets pertenecia á las posesiones dadas por Luis XIV á su hermano cuando el hijo segundo de Ana de Austria se casó con la hermana del rey Carlos II, Enriqueta de Inglaterra.

Por lo que hace á los dos mil cuatrocientos habitantes de que prometimos hablar á nuestros lectores, no eran mas que una *reunion*, como la que pueden formar en cualquier parte dos mil cuatrocientas personas. Componíanse:

1.º De algunos nobles que pasaban el verano en sus casas de campo y el invierno en Paris y que por imitar al príncipe tenian casa en el pueblo.

2.º De la clase media que se veia diariamente, hiciese el tiempo que quisiese salir de su casa con el paraguas en la mano á dar un paseo hasta el gran foso que separa el parque del bosque, situado á un cuarto de legua del pueblo, y que se llamaba sin duda *Haha* por la exclamacion que su vista hacia dar á los asmáticos satisfechos de haber llegado hasta allí sin haberse ahogado.

3.º De gran número de artesanos que trabajaban toda la semana y solo podían pasear el domingo, al paso que sus compatriotas mas favorecidos de la fortuna se paseaban todos los dias.

Y 4.º De algunos miserables jornaleros para los cuales no habia dia de descanso en la semana ni aun el domingo, y que despues de trabajar seis dias por el jornal de los nobles ó de los propietarios, empleaban el sétimo en buscar la leña muerta y arrancada por el viento, ese segador de los bosques, para quien las encinas son espigas.

Si Villers-Cotterets (Villerii-ad-Cotiam-retire) no hubiese tenido la desgracia de no ser un pueblo bastante importante en la historia para que los arqueólogos se occu-

pasen de averiguar cómo habia pasado de aldea á pueblo y de pueblo á villa, título que se le disputaba como hemos dicho, sabriamos por varios escritos que tuvo origen en unas pocas casas á los lados del camino de Paris á Soissons, y que atraidos despues algunos habitantes por la belleza de su hermoso bosque, se habian añadido varias calles á la primera, formando una estrella en direccion á los puntos con quienes habia que conservar comunicaciones convergentes.

El centro de estas formó una plaza, donde se construyeron las mejores casas del pueblo. Enmedio se levantó una fuente, decorada hoy con un cuádruple cuadrante. Ultimamente, se puso una lápida cerca de la modesta iglesia, primera necesidad de los pueblos, marcándose los primeros límites de aquel vasto palacio, último capricho de un rey: palacio que despues de haber sido, como hemos dicho, residencia real y de los príncipes, se ha convertido en un triste hospicio dependiente de la prefectura del Sena, al que da sus órdenes por medio de delegados Mr. Marrast como corregidor.

Cuando comienza esta historia, las casas reales, aunque amenazaban ruina, no habian decaido tanto como hoy. El palacio no estaba habitado por un príncipe, pero tampoco lo estaba por mendigos, conservándose sin mas inquilinos que los dependientes necesarios á su conservacion, de que eran los principales el conserge y el alcaide. Por eso todas las ventanas de este inmenso edificio estaban cerradas, asi las que daban al parque, como las que caian á una segunda plaza llamada aristocráticamente la plaza de Palacio, donde habia una casita de que el lector nos permitirá que le digamos algo.

De esta casita solo se veia la espalda, que, como la de ciertas personas, era lo mejor que tenia. En efecto, la fachada que daba á la calle de Soissons, una de las principales de la villa, tenia un no sé qué de triste, al paso que por detrás era alegre y risueña, porque daba á un jardín, cuyas paredes sobrepujaban las copas de frutales.

Era esta casa la del capellan de palacio, que al mismo

tiempo que servía la iglesia señorial, decía misa todos los domingos á la gente del pueblo. Disfrutaba además una pequeña pensión á la que por un favor muy especial se había unido el sueldo de dos plazas: una en el colegio de Plessis y otra en el seminario de Soissons. Escusado es decir que la familia de Orleans era la que pagaba estas dos plazas, habiendo sido fundada la del seminario por el hijo del regente, y la del colegio por el padre del príncipe, y que estas dos plazas eran el objeto de la ambición de los padres y la desesperación de los discípulos, porque tenían que hacer una porción de *Composiciones* los jueves de todas las semanas.

Un jueves del mes de julio de 1789, muy caluroso á pesar de estar oscuro por los nubarrones que corrían de Este á Oeste sacudiendo los árboles, después de un silencio interrumpido solo por el ruido de las ramas que chocaban entre sí, y cuando daban las once en el reloj de la villa, se oyó un hurra semejante al que podía dar un regimiento entero, con un estremecimiento parecido al que causa una masa de nieve que se derrumba de un a roca. La puerta de la casa se abrió y dió paso á un torrente de chiquillos que esparciéndose por la plaza, se dividió en cinco ó seis grupos alegres y bulliciosos que se pusieron á jugar á varios juegos.

Al lado de los escolares retozones á quienes los vecinos daban el nombre de malos y cuyos vestidos estaban desgarrados, había otros á quienes llamaremos estudiantes juiciosos. Estos por lo general iban bastante bien vestidos, lo cual unido á su aplicación, los convertía en objeto de burla y de odio para sus compañeros de inferior condición.

Además de estas dos clases que hemos designado con los nombres de estudiantes retozones y estudiantes juiciosos, había otra, á la que llamaremos estudiantes perezosos, la cual no salía con sus compañeros ni para jugar en la plaza ni para ir á su casa, porque quedaban siempre castigados.

El que siguiendo el camino que los estudiantes acababan de recorrer para salir de la escuela, después de atravesar un pasillo que interceptaba el paso al jardín, donde estaban las frutas, hubiese entrado en el gran patio interior

que servía para recreo de los niños, oyera una voz bronca desde lo alto de la escalera tronar contra un muchacho á quien colocaremos en la tercera clase, es decir, en la de los perezosos. Bajaba este precipitadamente encogiéndose de hombros como hacen muchos cuando han recibido un latigazo.

— ¡Pícaro! ¡bribon! decía la voz, retírate, *vade, vade*, ya te he sufrido tres años; pero hay cosas que cansarían al mismo Padre Eterno. Hoy se ha acabado todo, todo. Toma tus chismes y vete á casa de tu tía ó de tu tío, ó del diablo, á donde quieras, con tal que no te vuelva á ver.

— ¡Oh! mi buen señor Fortier, perdóneme vd., contestaba en la escalera otra voz suplicante, eso no merece la pena de que vd. se enfade tanto. Por un barbarismo y algunos solecismos como vd. los llama...

— Tres barbarismos y cinco solecismos en una composición de veinte y cinco renglones! respondió la voz enojada.

— ¡Eso ha sido hoy, señor abate! Convengo en que el jueves es día de maldición para mí; pero si mañana trajese bien la composición, ¿no me perdonaría vd. la falta de hoy?

— Hace tres años que me estás diciendo lo mismo, y el examen será el día 1.º de noviembre. Yo que por las súplicas de tu tía Angélica tuve la debilidad de presentarte como candidato para la plaza vacante en la actualidad en el seminario de Soissons, ¿pasaré por el bochorno de que reciba calabazas un discípulo mío? Puede que me dé un sofocon cuando oiga: ¡Angel Pitou es un burro! *Angelus Pitovius asinus est!*

Digámoslo de una vez para que el benévolo lector tome por este pobre diablo el interés que merece. Este Angel Pitou á quien el abate Fortier había latinizado tan graciosamente el nombre, es el héroe de esta historia.

— Mi querido señor Fortier, mi buen maestro, contestó el estudiante afligido.

— ¡Yo tu maestro! exclamó el abate humillado por semejante nombre. Gracias á Dios, no soy tu maestro, ni tú

eres mi discípulo: te desecho y quisiera no haberte visto jamás. No me vuelvas á dar semejante título ni á saludarme. *Retro*, desgraciado, *Retro*.

—Sí, abate, insistió el desgraciado Pitou que demostraba tener gran interés en no descompadnar con su maestro, ¡ señor abate, no me abandone vd., se lo suplico, por un pobre tema estropeado!

—Cómo? exclamó el abate, fuera de sí por esta última súplica, bajando los cuatro primeros escalones de la escalera, al paso que por un movimiento igual, Angel Pitou bajaba los cuatro últimos, echándose al patio, ¿vienes á hacerme argumentos cuando no sabes distinguir el nominativo de una oración?

—Señor abate, replicó el autor de los barbarismos, vd. ha sido siempre tan bueno para conmigo que con solo que diga una palabra al señor obispo que nos examine...

—¡Yo desdichado, mentir con conocimiento!

—Sí, pero es para hacer una acción buena y Dios se lo perdonará á usted.

—Jamás, jamás.

—Y luego, quién sabe? puede que los examinadores no sean mas severos conmigo que lo fueron con mi hermano de leche Sebastian Gilberto, cuando hizo oposición el año pasado á la plaza de Paris. Si; y eso que también ponía barbarismos; y eso que tenía trece años, esto es, cuatro menos que yo.

—Allí tienes un ejemplo de tu estupidez, dijo el abate bajando los escalones que faltaban, y presentándose en el patio con la correa en la mano, al paso que Pitou procuraba mantenerse con su profesor á la misma distancia. Ven aquí, bruto, dijo cruzando los brazos y mirando con indignación á su discípulo. ¿Es ese el fruto que saco de mis lecciones de dialéctica? ¡Triple animal! ¿Así te acuerdas de aquel axioma, *Noli minorá loqui majorá volens!* Pues precisamente porque Gilberto era mas jóven que tú, han sido mas indulgentes con un muchacho de catorce años que lo serán contigo que eres un gran bruto de diez y ocho.

—Sí, y también porque es hijo de Mr. Honoré Gilberto que tiene diez y ocho mil libras de renta en buenas tierras, nada menos que en las llanuras de Pilleleux, contestó humildemente el lógico.

El abate Fortier miró á Pitou alargando los labios y frunciendo las cejas.

—Pues este no es tan bruto, murmuró despues de un momento de silencio... Sin embargo, no tiene fundamento alguno. *especies, non autem corpus.*

—¡ Ah, si yo fuese hijo de un hombre que tuviese diez mil libras de renta! replicó Angel Pitou, que conocía que su respuesta había hecho impresion en su maestro.

—Sí, pero no lo eres. En revancha te creo tan ignorante como el bellaco de que habla Juvenal; cita profana, el abate se santiguó, pero no menos justa, *Arcadius juvenis.* Apuesto á que no sabes tú lo que quiere decir *Arcadius.*

— De la Arcadia, respondió Angel Pitou.

—¿Y qué mas?

—¿Qué mas?

—La Arcadia era el país de los burros, y entre los antiguos, como ahora, *asinus* era sinónimo de *stultus.*

—Yo no había querido entenderlo en ese sentido, dijo Pitou, pensando que no convenia á la formalidad de mi digno profesor descender hasta la sátira.

El abate Fortier le miró por segunda vez con tanta atención como la primera.

— A fé mia, murmuró un poco mas manso por el incienso de su discípulo, que hay momentos en que este bellaco parece menos tonto que lo que es.

—Vamos, señor abate, dijo Pitou, que si no había oido las palabras del profesor había comprendido por su fisonomía que estaba dispuesto á usar de misericordia, perdóneme vd. y verá qué bien traigo la composición mañana.

— Bien, consiento en ello, dijo el abate, dejando en señal de tregua su disciplina y acercándose á Pitou que, mediante esta pacífica demostración, consintió en permanecer en el mismo sitio.

— Gracias, gracias, dijo el estudiante.

— No me des gracias tan pronto, porque si te perdono es con una condicion.

Pitou bajó la cabeza, y como que estaba á discrecion del digno abate, esperó con resignacion.

— Tienes que contestarme á una pregunta que te voy á hacer.

— ¿En latin? preguntó Pitou con inquietud.

— En latin, contestó el profesor.

Pitou dió un suspiro.

En este tiempo oyó Pitou los gritos de los muchachos que jugaban en la plaza del Palacio, lo que le hizo dar otro suspiro aun mas profundo.

— *¿Quid virtus, quid religio?* preguntó gravemente el cura.

Estas palabras, pronunciadas con todo el aplomo de un pedagogo, resonaron en los oidos del pobre Pitou como el sonido de la trompeta del juicio final. Una nube oscura pasó por delante de sus ojos, y tal esfuerzo hizo con su entendimiento, que en aquel instante llegó á comprender la posibilidad de volverse loco.

A pesar de este tan violento esfuerzo cerebral, la respuesta exigida se hacia aguardar indefinidamente. Oyóse entónces el ruido prolongado que produjo un polvo de tabaco que sorbia por sus narices lentamente el terrible interrogador.

Conoció Pitou que era menester de alguna manera salir del paso.

— *Nescio*, dijo con la esperanza de que se le perdonaría su ignorancia, confesándola en latin.

— ¡No sabes lo que es la virtud! gritó el cura sofocado de cólera, ¡no sabes lo que es la religion!

— Lo sé muy bien en francés, replicó Angel, pero no lo sé en latin.

— Entónces, vete á la Arcadia, Juvenis; todo ha concluido ya entre nosotros, asno!

Pitou estaba tan atolondrado que no hubiera dado un solo paso para huir, aunque Fortier hubiera sacado su palmeta de su cinturon con tanta dignidad como un gene-

ral de ejército habria sacado su espada de la vaina en el momento del combate.

— ¿Pero qué va á ser de mí? preguntó el pobre muchacho, dejando caer á sus costados sus dos brazos inertes; ¿qué va á ser de mí si pierdo la esperanza de entrar en el seminario?

— ¡Sea lo que fuere, por Dios que me da lo mismo!

Tan colérico estaba ya el bueno del cura que asi juraba ya en vano.

— ¿Pero no sabeis que mi tia cree que ya soy cura?

— ¿Y qué? asi sabrá que no eres bueno ni para sacristan.

— Pero, señor Fortier...

— Te digo que te vayas, *liminia lingue*.

— Me voy, dijo Pitou como hombre que toma una resolucion desesperada.

— ¿Quereis dejarme ir por mi pupitre? preguntó Pitou, esperando que durante este corto plazo que se le iba á conceder, se ablandaría el corazon de Fortier, llegando á ser un poco mas misericordioso.

— Sí que quiero, dijo este. Tu pupitre y todo lo que tienes dentro.

Pitou fué subiendo muy despacio, porque su clase era la primera. Entró en una pieza donde, sentados alrededor de una gran mesa, parecia que trabajaban unos cuarenta estudiantes; levantó con precaucion la tapa de su pupitre, para ver si todos sus chismes estaban completos, y sacándolo con un cuidado que probaba toda su solicitud por no incomodar á sus condiscipulos, se dirigió hácia el corredor con paso lento y mesurado.

En lo alto de la escalera estaba Fortier, con el brazo estendido señalando á la escalera con su palmeta.

Era inevitable pasar bajo las Horecas caudinas: Angel Pitou se agachó todo lo que pudo; mas no impidió que recibiese al pasar la última caricia del instrumento al que debía el cura Fortier sus mejores discipulos, y cuyo empleo sobre Angel Pitou, aunque mas frecuente y prolongado que sobre ningun otro, habia tenido, como se acaba de ver, un resultado bastante mediano.

Mientras que enjugando su última lágrima, se encamina Angel Pitou con su pupitre sobre la cabeza á casa de su tía, digamos algo de su fisonomía y de sus antecedentes.

CAPITULO II

Se prueba que no es lo mismo una tía que una madre.

Luis Angel Pitou, como él mismo lo dijo en su diálogo con el cura Fortier, tenia diez y siete años y medio. Era un jóven alto y delgado, de cabellos dorados, megillas arreboladas y ojos azules. Brillaba la flor de la inocente y fresca juventud sobre su ancha boca, cuyos labios, abriéndose desmesuradamente, descubrian dos hileras de dientes formidables, perfectamente completos. Al extremo de sus largos y huesosos brazos pendian sólidamente unidas dos manos anchas como palas; tenia las piernas un poco arqueadas, las rodillas gordas como cabezas de niño, cuya magnitud resaltaba mas por la estrechez de sus calzones negros, y pies descomunales, calzados con borceguies de becerro enrojecidos por el uso; tales eran, con una especie de gaban pardo de lana, cuya hechura era un medio entre blusa y ropon, las señas exactas é imparciales del ex-discipulo de Fortier.

Fáltanos ahora diseñar su retrato moral.

Se habia quedado huérfano Angel Pitou á la edad de doce años, época en que habia tenido la desgracia de perder á su madre, siendo él su único hijo. Esto quiere decir que desde que murió su padre, que fué antes de llegar Pitou á la edad de la razon, adorado por la pobre muger, habia hecho casi todo lo que habia querido, circunstancia que habia desenvuelto mucho su educacion física, pero atrasado enteramente su educacion moral. Nacido en una encantadora aldea, llamada Haramont, situada á una legua de la ciudad, en medio de una selva, sus primeras correrías habian sido para explorar el bosque natal, y la primera aplicacion de su inteligencia hacer la guerra á los

animales que habitaban en él. Asi fué, que á los diez años Angel Pitou era ya un cazador muy distinguido, y un pajarero de primer orden, y todo esto casi sin trabajo, y hasta sin tomar lecciones de nadie, por la sola fuerza de ese instinto dado por la naturaleza al hombre nacido en medio de los bosques, y que parece ser el mismo que ha dado tambien á los animales. Asi es que sabia distinguir perfectamente los rastros de las liebres y de los conejos. Tres leguas á la redonda conocia por sus continuas investigaciones todos los charcos donde los pájaros bajaban á beber, y por todas partes se veian las señas de sus ligas en los árboles propios para cazar. Resultaba de estos diferentes ejercicios, sin cesar repetidos, que para algunos de ellos Pitou habia adquirido una fuerza extraordinaria.

Auxiliado de sus largos brazos y de sus gruesas rodillas, que le permitian agarrarse á las ramas mas respetables, trepaba á los árboles para desocupar los nidos mas elevados, con tal agilidad y seguridad, que causaba la admiracion de sus compañeros, y que, bajo una latitud mas próxima al ecuador, le hubiera valido el aprecio de los monos para la caza de liga, caza de tanto atractivo para algunas personas, y que consiste en que el cazador hace venir los pájaros á un arbol lleno de aparatos enligados, imitando el grito del grajo ó del mochuelo, individuos que entre la gente de pluma se llevan el odio general, y de este modo cada pinzon, cada paro, cada tarin, acude con la esperanza de arrancar una pluma á su comun enemigo, dejando allí la mayor parte de las veces todas las suyas. Los compañeros de Pitou se servian para ella de un verdadero mochuelo ó de un grajo natural, ó de una yerba particular con la que imitaban bien ó mal el grito del uno ó del otro de estos animales. Pero Pitou despreciaba todos estos preparativos que él llamaba subterfugios; con sus solas fuerzas era con lo que él luchaba, y solo con sus medios naturales con los que solia cazar. Modulaba, pues, con su lengua sonidos que no solamente atraian á los otros pájaros, sino tambien á los de la misma especie que se dejaban engañar por su canto, segun era de perfecto.

La caza junto á los charcos era para Pitou el *quis vel qui*, y seguramente hubiera despreciado esta caza tan fácil si hubiera sido menos productiva y de menos provecho. Aun así y todo, á pesar del desprecio que le inspiraba esta caza tan fácil, ninguno de sus mas espertos compañeros sabia como Pitou, cubrir de yerba un charco que fuese demasiado grande para que estuviese completamente *tendido*, segun la palabra técnica; ninguno sabia bien como Pitou poner convenientemente inclinados los espartos para que hasta los pájaros mas astutos no pudiesen beber ni por encima ni por debajo, y ninguno, por último, tenia tan buen ojo y tan buena mano como Pitou para mezclar las cantidades desiguales y convenientes de resina, aceite y liga, para que esta mezcla fuese fluida y sólida en proporcion.

Como el aprecio que se hace de las cualidades de los hombres cambia segun el teatro en que se desenvuelven, y segun los espectadores que las observan, Pitou, en su aldea de Haramont, en medio de hombres habituados á pedir la mitad al menos de cuanto necesitaban á la naturaleza, profesando como todos los aldeanos un odio instintivo á la civilizacion, gozaba de tanta estima entre sus compatriotas, que no podia suponer la pobre madre que su hijo marchaba por mal camino, y que la educacion mas perfecta que con grandes gastos podia darse á un hombre fuese mejor que la que su hijo, privilegiado en esto, se daba gratis á si mismo.

Mas cayó enferma la buena muger, y conociendo que su muerte estaba próxima, y que iba á dejar á su hijo solo y aislado en el mundo, se puso á dudar y trató de proporcionar un apoyo al futuro huérfano. Se acordó entónces de un jóven que hacia diez años habia venido á llamar á su puerta á media noche para dejarle un niño recién nacido, para el cual no solamente le habia dejado una gran suma en dinero contante, sino ademas le habia depositado otra suma mayor en casa de un escribano de Villers-Cotterets. De este misterioso jóven no supo al principio nada mas sino que se llamaba Gilberto. Pero hacia entónces unos

tres años que habia vuelto á aparecer, y ya era entónces un hombre de veinte y siete, de pronunciacion torpe, de palabra dogmática y á primera vista un poco frio. Mas esta primera capa de hielo se derritió apenas volvió á ver á su hijo; y como le halló bello, robusto y sonriente, educado como él lo habia querido, frente á frente de la naturaleza, apretó la mano á la buena muger y la dijo estas pocas palabras:

— Si me necesitais, contad conmigo.

Despues se salió con su hijo; preguntó cual era el camino de Ermenoaville, hizo en compañía de su hijo una peregrinacion á la tumba de Rousseau, y se volvió á Villers-Cotterets. Allí, seducido sin duda por el aire sano que se respiraba, y por lo bien que le habia hablado el escribano de la enseñanza del cura Fortier, dejó Gilberto á su hijo en casa del digno profesor, cuyo aspecto filosófico supo apreciar á primera vista porque en aquella época tenia tanto dominio la filosofía, que se habia introducido suavemente hasta en los eclesiásticos.

Hecho esto se volvió á Paris, dejando al cura Fortier las señas de su casa.

Sabia la madre de Pitou todos estos detalles. En el momento de su muerte, se acordó de las palabras: « Si me necesitais, contad conmigo. » Fué una inspiracion del cielo. Sin duda la Providencia dispuso todo esto para que el pobre Pitou hallase acaso mas de lo que perdia. Hizo la pobre muger venir á su casa al cura, porque ella no sabia escribir; el cura escribió: y al instante fué llevada la carta á Fortier, quien se apresuró á ponerla el sobre y mandarla por el correo.

A los dos dias espiró la buena madre.

Pitou era muy jóven para sentir toda la estension de la pérdida que acababa de sufrir; lloró á su madre, no porque comprendiese la eterna separacion de la tumba; sino porque la veia pálida, fria y desfigurada; adivinaba instintivamente el pobre muchacho que acababa de marcharse el ángel guardian del hogar doméstico; que la casa, sin la presencia de su madre, quedaba desierta é inhabitable;

no comprendía su existencia futura; y así fué que cuando acompañó á su madre hasta el campo santo, cuando la tierra al caer fué resonando sobre la caja mortuoria y la acabó de cubrir formando un montoncito de arena húmeda y blanda, se sentó sobre la fosa, y á todas las insinuaciones que le hacian para que se saliese del cementerio, contestaba meneando la cabeza y diciendo que jamás se habia separado de su madre Magdalena, y que queria quedarse donde se quedaba ella.

Permaneció, pues, sentado sobre la fosa todo el resto del dia y de la noche.

Apenas habian pasado cuarenta horas desde que habia salido la carta, llegó el digno doctor, ¿hemos dicho que era médico el futuro protector de Angel Pitou? comprendiendo toda la estension del deber que él mismo se habia impuesto con la promesa que habia hecho.

Pitou era muy pequeño aun cuando vió por la primera vez al doctor. Pero es sabido que la juventud tiene profundas impresiones que dejan eternos recuerdos, y ademas el misterioso jóven habia dejado impresas sus huellas en aquella casa. Como ya hemos dicho, depositó en ella á su hijo, y con él su bienestar: cuantas veces Angel habia oido pronunciar á su madre el nombre de Gilberto, habia sido con una especie de sentimiento que se parecia á la adoracion. Y por último, cuando habia vuelto á presentarse en su casa hecho ya un hombre y con su título de doctor, cuando á sus buenas obras pasadas habia añadido sus promesas para lo futuro, Pitou, al ver la gratitud de su madre, habia juzgado que debia ser él tambien agradecido, y el pobre muchacho, sin saber todavia lo que se decia, habia balbuceado ya las mismas palabras de *eterno recuerdo, profunda gratitud*, que habia oido decir á su madre.

Así que divisó al doctor á través de la reja del cementerio, y le vió aproximarse por en medio de los sepulcros enmohecidos y cruces rotas, le reconoció, se puso en pie y salió á su encuentro; comprendió que á aquel que venia al llamamiento de su madre, no podria decirle lo que á los demas; y cuando Gilberto le tomó de la mano y le hizo sa-

lir llorando del recinto mortuorio, no hizo resistencia alguna contentándose con volver hácia atrás la cabeza de vez en cuando.

Un elegante carruage aguardaba á la puerta. Hizo el doctor subir al pobre niño, y dejando momentáneamente su casa bajo la guardia de la buena fé pública, y del respeto que la desgracia inspira, condujo á su protegido á la ciudad, y entró con él en la mejor posada, que en aquella época era la del Delfin. No bien se hubo instalado en ella, mandó á buscar á un sastre, que prevenido de antemano, trajese ropa hecha. Eligió por precaucion vestidos dos ó tres pulgadas mas largos de lo que necesitaba Pitou, superfluidad que para el cuidado que tenia nuestro héroe, prometia que no durarian mucho, y se encaminó con él hácia el barrio de la ciudad que se llamaba Pleux.

A medida que iba aproximándose hácia este barrio, Pitou iba alojando cada vez mas el paso; porque le era evidente que se le conducia á casa de su tia Angélica, y á pesar de las pocas veces que el pobre huérfano habia visto á su madrina, porque la tia Angélica era quien habia puesto á Pitou su poético nombre de bautismo, habia conservado de su respetable parienta un formidable recuerdo.

En efecto, la tia Angélica carecia de atractivos para un niño habituado como Pitou á todos los cuidados de la sollicitud maternal; era la tia Angélica en esta época una solterona de cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años, dedicada á las mas minuciosas prácticas de la religion, á quien una piedad mal entendida habia agotado todos los sentimientos dulces, misericordiosos y humanos, poniendo en su lugar una dosis natural de avaricia, que se aumentaba cada dia mas en su trato continuo con las beatas de la ciudad. No vivia precisamente de limosnas, aunque ademas del importe de la venta del lino que hilaba en su rueca, y del alquiler de las sillas de la iglesia, que le habia sido concedido por el capítulo, recibia de vez en cuando de las almas piadosas que se dejaban engañar por su máscara de religion, algunas cantidades, que de moneda de cobre, cambiaba primeramente en moneda de plata, y de moneda de

plata en luises, los cuales desaparecian sin que nadie los viese desaparecer, ni aun supiese su existencia, para ir á esconderse uno á uno en el asiento de la silla en que se sentaba ella á trabajar, y cuando se encontraban ya dentro de aquel escondite, hallaban allí á tientas cierto número de hermanos suyos, recogidos uno á uno como ellos, y como ellos, tambien destinados á ser secuestrados de la circulación, hasta el día en que la muerte de la solterona los pudiese en las manos de su heredero.

Hacia la casa de esta venerable muger era hacia donde se dirigia el doctor Gilberto, llevando de la mano á Pitou.

La *señorita* Rosa Angélica Pitou, en el momento en que entraban en su casa su sobrino y el doctor, estaba en un acceso de alegría. Mientras se cantaba la misa de difuntos por el alma de su cuñada en la iglesia de Haramont, habia habido bautismos y casamientos en la iglesia de Villers-Cotterets, de manera que en aquel solo día, el importe del alquiler de las sillas, habia subido á seis francos. La *señorita* Angélica habia ya cambiado sus monedas en una sola pieza, que unida á otras que habia ido reservando en diferentes ocasiones, completaba un luis de oro. Precisamente este luis acababa de ir á reunirse con los otros luises, y el día que se verificaba semejante reunion era naturalmente para la *señorita* Angélica todo un día de fiesta.

El doctor y Pitou aparecieron en la puerta el mismo instante en que la tia Angélica, despues de haber vuelto á abrir la puerta que habia tenido cerrada durante la operacion, acababa de dar la última vuelta al rededor de su sillón, para asegurarse de que por fuera nada descubria el tesoro oculto por dentro.

La escena hubiera podido ser tierna, pero para un hombre tan exacto observador como lo era Gilberto, no fué sino grotesca.

Al ver á su sobrino, la solterona pronunció algunas palabras sobre su pobre y querida hermana, á quien amaba tanto, y pareció quererse enjugar una lágrima. Por su parte el doctor que intentaba penetrar hasta lo mas profundo el corazón de la vieja beata, antes de tomar resolu-

cion alguna, empezó á decir á la *señorita* Angélica un sermón sobre los deberes que tienen las tias para con los sobrinos. Pero á medida que se iba desenvolviendo su discurso, y salian de los labios del doctor sus estudiadas palabras, el ojo seco de la solterona absorbía la imperceptible lágrima que le habia mojado, tomaron todas sus facciones la sequedad del pergamino, de que parecian estar cubiertas, tocó su mano izquierda su puntiaguda barbilla, y con su mano derecha se puso á calcular, contando por los dedos el número aproximativo de la cantidad que le daba anualmente el alquiler de las sillas de la iglesia; de modo, que habiendo hecho la casualidad que el cálculo se acabase de hacer al mismo tiempo que el discurso, pudo responder en aquel mismo instante, que aunque era muy grande el amor que habia tenido á su pobre hermana, y el interés que le inspiraba su querido sobrino, sus pocos recursos no le permitian hacer, á pesar de su doble título de tia y de madrina, ningun aumento de gastos.

En verdad, el doctor aguardaba esta respuesta: así es que no le sorprendió; era un gran partidario de las ideas nuevas, y como acababa entónces de publicarse el primer tomo de las obras de Lavater, habia ya hecho aplicacion de la doctrina fisionómica del filósofo de Zurich, á la amarilla y flaca fisionomía de la *señorita* Angélica.

Este exámen le habia dado por resultado, que los ojos pequeños y vivos de aquella muger, su nariz larga y puntiaguda, y sus delgados labios, presentaban la reunion en una sola persona de la avaricia, el egoismo y la hipocresía.

La respuesta, como lo hemos dicho, no le causó asombro de ninguna especie. Sin embargo, quiso ver en su calidad de observador hasta qué punto tenia desarrollados la beata estos tres grandes defectos.

—Pera, *señorita*, la dijo: Angel Pitou es un pobre muchacho huérfano, y siquiera por humanidad, no podeis dejar abandonado á la caridad pública al hijo de vuestro hermano.

—¡Pts!... oidme señor Gilberto, dijo la solterona; es un aumento de cinco sueldos por día lo menos, y todavía me

quedo corta; porque este pícaro se debe comer, cuando menos, una libra de pan cada día.

Pitou hizo una mueca al oír estas palabras: se comía comunmente libra y media de pan nada mas que para desayunarse.

— Sin contar el jabon para el lavado, añadió la señorita Angélica, que yo me acuerdo que empuerca horriblemente la ropa...

En efecto, Pitou la emporcaba mucho, lo cual no es de extrañar si se recuerda la vida que traía; pero es necesario hacerle justicia, rompía mas que ensuciaba.

— ¡Ah!... ¡ah! señorita Angélica, dijo el doctor; ¡vos que practicais tan bien la caridad cristiana, hacer semejantes cálculos, tratándose de un sobrino y de un ahijado!

— Y sin contar el cosido, gritó con esplosion la vieja devota, que recordaba haber visto á su cuñada Magdalena coser gran número de remiendos á los vestidos, y de rodilleras á los calzones de su sobrino.

— ¿Con que rehusais, dijo el doctor, recibir en vuestra casa á vuestro sobrino? ¡El huérfano arrojado de la casa de su tía tendrá que ir pidiendo limosna de puerta en puerta á las casas estrañas!

La señorita Angélica, aunque era tía muy avarienta, conoció el odio que recaería sobre ella, si negándose á recibirle, tenia que recurrir su sobrino á semejante extremo.

— No, dijo al cabo de un rato, yo me encargo de él.

— ¡Ah! dijo el doctor, alegre por haber encontrado un sentimiento de compasion en aquel corazon que se imaginaba encallecido.

— Sí, dijo la solterona, yo le recomendaré á los agustinos de Bourg-Fontaine, y entrará en el convento de sirviente lego.

El doctor, ya lo hemos dicho, era filósofo. Sabia todo el valor que encerraba en sí en aquella época la palabra *filosofía*.

Se decidió, pues, en aquel mismo instante á arrancar un pedfíto de las manos de los agustinos, con el mismo celo que los agustinos por su parte, hubieran desplegado para quitar un adepto á los filósofos.

— ¡Pues bien! dijo el doctor Gilberto, metiéndose la mano en su profundo bolsillo; puesto que estais en tan mala posicion, mi querida señorita Angélica, que vos veis obligada por falta de recursos, á recomendar á vuestro sobrino á la caridad de otros, yo buscaré quien pueda mas eficazmente que vos aplicar á la manutencion de este pobre huérfano la suma que voy á señalarle. Tengo que hacer un viage á Amérier. Antes de marcharme colocaré á vuestro sobrino de aprendiz en alguna carpintería ó carretería ó en el oficio que quiera él elegir, segun su vocacion. Durante mi ausencia, se hará hombre y á mi vuelta estará ya hecho un sábio en su oficio, y entónces veré yo lo que se pueda hacer por él. Vamos, hijo mio, abraza á tu tía, añadió el doctor, y vámonos de aquí.

Aun no habia acabado el doctor de decir estas palabras cuando Pitou se precipitó hácia la venerable señorita, con sus dos largos brazos estendidos; tenia mucha prisa, en efecto, por abrazar á su tía, creyendo que el beso que se cambiarían mutuamente, seria la señal de una separacion eterna.

Peró al oír la palabra *SUMA*, al ver el gesto del doctor cuando se metió la mano en el bolsillo, al escuchar el sonido argentino que produjeron una multitud de monedas cuya cantidad se podia calcular por la tension y el bulto que hacian en el vestido, la solterona sintió subir hasta su corazon el fuego de la avaricia.

— ¡Ah! ¡prorumpió! mi querido señor Gilberto, ¿no sabeis una cosa?

— ¿Qué cosa? preguntó el doctor.

— ¡Ah, Dios mio! que nadie en el mundo amará tanto como yo á ese pobre niño!...

Y enlazando sus secos brazos con los brazos estendidos de Pitou, estampó sobre cada una de sus mejillas un áspero beso que hizo estremecer al pobre muchacho desde las plantas de los pies hasta la punta de los cabellos.

— ¡Oh! ¡Vaya si lo sé! dijo el doctor. ¡Ni cómo habia yo de dudar de vuestro cariño hácia él, pues que os le traía directamente como á la persona que naturalmente seria su apoyo en el mundo! Peró lo que acabais de decirme, se-

ñorita, me ha convencido á la vez de vuestra buena voluntad y de vuestra imposibilidad, pues ya veo que sois demasiado pobre para ayudar á quien es aun mas pobre que vos.

—¡Eh! mi buen señor Gilberto, dijo la vieja devota: ¿no hay un Dios bueno en el cielo que alimenta desde allí á todas sus criaturas?

—Es verdad, dijo el doctor; da de comer á los pajarillos, pero no coloca á los huérfanos y aprendices; y esto es precisamente lo que es menester hacer por Angel Pitou, y lo que, segun vuestros escasos recursos, os costará demasiado caro sin duda.

—Pero con todo... ¿si dais ese dinero, señor doctor?...

—¿Qué dinero?

—El dinero que habeis dicho y que teneis ahí, añadió la devota, señalando al bolsillo con su dedo ganchoso.

—Sí, que lo daré, señorita Angélica, dijo el doctor, pero con una condicion

—¿Qué condicion?

—Que el niño aprenda un oficio.

—Os prometo que lo aprenderá, á fé de Angélica Pitou, señor doctor, dijo la vieja con los ojos clavados en el bolsillo.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometo.

—¡De veras! ¿no es así?

—Lo juro delante de Dios, mi querido señor Gilberto.

Y estendiéndose horizontalmente la señorita Angélica su mano descarnada.

— ¡Pues bueno! dijo el doctor sacando de su bolsillo un saquito enteramente lleno; yo estoy pronto á dar el dinero: ¿lo estais vos á responderme del niño?

— Por la Santa Cruz, señor Gilberto.

— No juremos tanto, señorita, sino firmemos.

— Firmaré, señor Gilberto, firmaré.

— ¿Ante un escribano?

— Ante un escribano.

— Si es así, vamos á casa de papá Niquet.

El papá Niquet, á quien el doctor daba este titulo cariñoso, por el mucho tiempo que hacia que le conocia, era, como ya lo saben aquellos lectores que han leído nuestro libro de *José Balsamo*, el notario de mas reputacion de toda aquella comarca.

La señorita Angélica, de quien era tambien escribano Mr. Niquet, no tuvo que oponer á la eleccion hecha por el doctor, y le siguió á casa del escribano. Este tomó acta de tomar Angélica Pitou, á su cargo y hacer aprender una profesion honrosa á Luis Angel Pitou su sobrino, mediante la suma de doscientas libras que recibiria anualmente. El contrato fué hecho por cuatro años; depositó el doctor en manos del notario ochocientas libras, de las que doscientas debian pagarse adelantadas.

Al dia siguiente, el doctor salió de Villers-Cotterets despues de haber dejado arregladas algunas cuentas con uno de sus colonos, del cual hablaremos mas adelante.

La señorita Pitou, cayendo como un ave de rapiña sobre las doscientas libras que se le pagaron en el acto, las convirtió en ocho bellos luses de oro y los metió en su escondite.

Las ocho libras restantes, dentro de un cacharro que hacia ya treinta ó cuarenta años, estaba viendo pasar multitud de monedas de diferentes especies, aguardaban allí á que lo recogido en dos ó tres domingos, de alquiler de las sillas de la iglesia, completase la suma de veinte y cuatro libras, que como ya lo hemos dicho, al llegar á esta cifra, se cambiaban en oro y pasaban al asiento del sillon.

CAPITULO III

Angel Pitou en casa de su tia.

Hemos visto la poca inclinacion de Angel Pitou á permanecer viviendo mucho tiempo en casa de su buena tia Angélica: el pobre muchacho, dotado de un instinto igual y hasta casi superior al de los animales á quienes se habia